



¿DÓNDE
HAS
ESTADO?

JENEANE O'RILEY

PASIÓN FAE: LIBRO III

JENEANE O'RILEY

¿DÓNDE
HAS
ESTADO?

Traducido del inglés por Ankara Cabeza Lázaro

FAERIS

Título original: *Where Did You Go?* Book 3 in the The Infatuated Fae series

Esta edición se ha publicado por acuerdo con Sourcebooks LLC a través de
International Editors & Yáñez Co' S.L

Diseño de cubierta: © 2025 by Sourcebooks

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© 2025 by Jeneane O'Riley

© De la traducción: Ankara Cabeza Lázaro, 2026

© De esta edición: Faeris Editorial (Grupo Anaya, S. A.), 2026
Valentín Beato, 21. 28037 Madrid



ISBN: 978-84-19988-99-7

Depósito legal: M. 432-2026

Impreso en España - Printed in Spain

Descubre aquí el reino de Faeris:



Para ti.
Lo siento, tenía que pasar.

A mis lectores:

Gracias por retomar la aventura de Mendax, Eli y Caly conmigo. No he dejado de pensar ni por un momento en lo maravillosos que sois y en todo el apoyo que le habéis brindado a cada libro de esta saga. No hay nada más increíble que descubrir todo lo que una novela es capaz de aportarnos, como una nueva amistad, una fuente de inspiración o un poquitito de alegría. Vosotros me estáis dando todo eso mientras escribo esta historia, así que espero tener la oportunidad de devolveros el favor. No habría podido elegir unos mejores compañeros de viaje.

Con cariño,

A handwritten signature in black ink, appearing to be 'J. J. King' or similar, written in a cursive style.

NOTA DE LA AUTORA

Vaya, vaya, conque volvemos a vernos. *Gira la silla de escritorio con un chirrido*. Ha llegado el momento de avisarte de lo turbio que es este libro. Hay ciertas partes en esta historia que están plagadas de escenas calentorras, de violencia..., de violencia calentorra, de violencia cortarrollos, de reacciones horribles..., de reacciones calentorras..., bueno, creo que ya lo has pillado. Bromas aparte, aquí encontrarás descripciones gráficas y bastante retorcidas. Arañas que en realidad no son arañas, criaturas espeluznantes que me hicieron aparcar el ordenador durante un día o dos y un montón de cosas más que tal vez no te convenga leer. Si te surgen dudas, no sigas adelante. No vale la pena que pongas en riesgo tu salud mental por leer esta historia. Espero que este aviso eche para atrás a quienes no se sientan cómodos con los temas delicados que se suelen tratar en los libros de *dark romance* y que pique la curiosidad de quienes, como buenos degenerados, os emocionáis al leer este tipo de notas. No me digáis que no os he avisado.

Jeneane

LISTA DE REPRODUCCIÓN

The Dark of You — Breaking Benjamin

Rule the World — Vision Vision

Le Noir — Imminence

Falls of Glory — Three Days Grace

Rain — Sleep Token

By and Down the River — A Perfect Circle

Already Over — Red

Another Life — Motionless in White

Every Time You Leave — I Prevail

Sirens — Fleurie

Snakeskin — Madalen Duke

Soldiers — FJØRA & Neoni

Playground — Bea Miller

Vendetta — UNSECRET ft. Krigarè

(Capítulo 32)

Heroes Fall — Hidden Citizens ft. ESSA

Carry You — Ruelle ft. Fleurie

Hurts Like Hell — Tommee Profitt ft. Fleurie

Goodbye — Ramsey

One Last Breath — Tommee Profitt & Nicole Serrano

CAPÍTULO I

Caly

— ¡Dame esa bala de heno! —aullé.
La tierra arenosa se deslizó bajo mis zapatos. Estaba al límite. Con la nochecita que estaba pasando, tuve que echar mano de hasta la última gota de autocontrol que todavía me quedaba para no tirarme al suelo polvoriento de los establos como una niñaata malcriada y ponerme a patalear.

— ¡No pienso darte más heno! ¡Apenas hay suficiente para los caballos! ¡Vuelve dentro, pedazo de vidacorta! —replicó el mozo de cuadra de rostro enrojecido.

«Vidacorta» era lo que algunos fae llamaban a los humanos, y estaba lejos de ser un apelativo cariñoso.

— Ella me ha dicho que tú podrías ayudarme. —Me estremecí mientras pronunciaba esas palabras al clavarme las uñas en la palma de la mano—. Solo necesito un poco de heno para preparar uno o dos jergones.

— Te he oído a la primera y te repito que no te voy a dar nada. No tengo suficiente para las yeguas. Estoy seguro de que has visto a los tipos que hay ahí dentro. ¡La mitad son Caídos! Seré yo quien tenga que apechugar con las consecuencias si a sus caballos les falta heno.

Al fruncir el ceño, se le acentuaron los tres surcos que tenía entre los enormes ojos y la piel desgastada y correosa de su rostro hizo que la expresión casi resultara dolorosa.

Estuve a punto de plantarle cara, pero terminé pensándomelo mejor. Estaba dolorida y exhausta, y, por muy profunda que fuera mi desesperación por conseguir un poco de heno, tampoco era tonta. El muy bruto era enorme, y a saber qué poderes tenía.

Dejando a un lado el riesgo de que se convirtiera sin previo aviso en un tigre o en cualquier otro animal y se me comiera viva, la noticia de que yo había matado a la reina luminosa no había tardado en correr como la pólvora, y el tipo bien podría ser un simpatizante de la reina Saracen. Nadie se ponía de acuerdo en los motivos que habían llevado a la asesina humana de la reina a volverse en su contra. Por si fuera poco, una vez que se supo que tanto el castillo luminoso como el oscuro habían quedado destruidos, por ambos reinos habían empezado a correr muchos más rumores. Y la situación tenía bastante sulfurados a algunos fae.

Corregí mi postura e hice todo cuanto estuvo en mi mano para obligarme a ofrecerle una mirada coqueta y una sonrisa encantadora antes de intentar camelármelo por última vez.

—Lo último que quiero es buscarte un problema o dejar a estos caballos sin comer. La cuestión es que no quedan habitaciones libres y...

—No —me interrumpió el hombre sin apartar la mirada de la manta con la que estaba cubriendo al caballo que tenía al lado.

Estaba claro que nada iba a interponerse entre aquel hombre y su heno. Cuando ya me marchaba, me aseguré de darle una patada a una de las balas sueltas que había junto a la entrada.

—Dale un buen mordisco —le pedí con un gruñido a la yegua zaína que había en la última cuadra.

Una ráfaga de viento frío me azotó la cara tan pronto como puse un pie fuera de los establos. Enseguida metí las manos en los bolsillos de mi enorme túnica en busca de algo de calor y de la seguridad de un arma y cerré los dedos en torno a mi karambit. Bueno, en realidad era solo la garra de dragón que recogí fuera de Malvar, pero era tan útil como un karambit y tenía la misma forma.

Las gotas de lluvia gélida me aporrearon la piel desnuda de la cabeza y los hombros con un golpeteo rítmico mientras permanecía delante del modesto establo contemplando con mala cara la abarrotada posada.

—¡Ay! ¡Serás cabrona!

Una diminuta sonrisa se adueñó de mis labios en mi camino a la puerta de madera del establecimiento. Sin embargo, tan pronto como había aparecido, se desvaneció al bajar la mirada al suelo húmedo y nevado.

Otra ráfaga de viento sacudió el cartel de madera chirriante que colgaba de una barra de hierro forjado sobre la puerta y rezaba «LINDA LINDE».

Mis ojos cansados contaron por lo menos cien mariposas monarca y mariposas luna tiradas en el barro, muertas o moribundas. Una que apenas estaba viva intentó batir las alas rotas y mojadas. Notaba un nudo tenso y pesado en el pecho, algo que, según parecía, se estaba convirtiendo en una constante en lo que respectaba a mi corazón recién reconstituido.

Dejé a un lado esos sentimientos tan vulnerables y agarré el arma con firmeza. No podía permitirme sentir compasión por aquellas mariposas. Bastante tenía ya con arreglar las cosas con los dos polos opuestos que tenía por compañeros de viaje.

Hice de tripas corazón, pisé a los lepidópteros moribundos y abrí la puerta de la posada de un empujón.

—Se ha negado a darme un poco de heno —anuncié entre dientes.

—Bueno, pues me temo que vais a tener que arregláros las con un solo jergón, ¿eh? En fin, los colchones de heno son incomodísimos. Las plumas son mucho mejores —dijo con voz rasposa la anciana consumida desde el otro lado del mostrador de madera.

Pasé el pulgar por la superficie negra de la garra de dragón que llevaba en el bolsillo.

—¿Qué clase de posada es esta? —le espeté—. ¿Cómo es posible que no tengáis una cama o una silla de sobra? ¡Por el amor de todos los soles, nos valdría con una pila de almohadas!

Presioné el pie contra el desgastado suelo de madera para contener el impulso de dar un pisotón mientras el ruido de la abarrotada taberna me saturaba la cabeza, que estaba ya a punto de explotar.

—Somos la única posada ubicada entre los dos reinos, y de ahí nuestro nombre. Está escrito en el cartel, niña. —Negó con la cabeza y su trenza gris azotó el aire y cayó sobre su hombro—. Y, antes de que te las des de importante, vidacorta, te diré que aquí todos sabemos quién eres y con quién viajas, pero todo eso importa una mierda en el espacio intermedio. Tártaro bendito, seguro que ya ni siquiera importa tampoco en vuestros reinos. —La posadera resopló divertida—. No se puede mandar sobre un castillo que no existe, ¿eh? Por aquí las malas lenguas dicen que los fae caídos —bajó la voz en actitud cómplice y se inclinó sobre el mostrador— tienen intención de desterrar a todos los luminosos y oscuros al reino de los humanos para quedarse ellos con los territorios fae.

Se echó hacia atrás y arqueó las cejas a la espera de mi reacción.

—No deberías hacer caso a los rumores —repliqué con una mirada fulminante.

Me alejé de la hosca posadera y subí por la escalera que había a la vuelta de la esquina, agradecida por dejar atrás el estruendoso piso inferior lleno de olores fuertes y penetrantes y criaturas que jamás había visto antes. Los viejos escalones de madera crujieron bajo cada una de mis pisadas intencionadamente ruidosas. Albergaba la esperanza de que los chicos se comportaran si me oían llegar, aunque en el fondo sabía que no tendría tanta suerte.

Me detuve al llegar a lo alto de la escalera con un suspiro molesto y contemplé el pasillo que se extendía ante nuestra habitación. Mientras que al otro lado de nuestra puerta se oían golpes sordos y sacudidas, el resto de las habitaciones permanecían en completo silencio. O sus huéspedes estaban ya dormidos o se estaban emborrachando en la taberna.

Una sarta de gruñidos, palabrotas y ruiditos amortiguados llegaron hasta mis oídos cuando me detuve ante la puerta que nos correspondía. No me extrañaba que la posadera no quisiera ayudarme.

—Voy a abrir —anuncié en voz alta.

Tras un revuelo, se hizo el silencio.

Las bisagras de la puerta chirriaron como si estuvieran expresando su alegría por verme de vuelta.

—¿Y bien? ¿Has conseguido que nos preparen otro jergón para don Humaredas? —preguntó el atractivo fae de cabello rubio.

Eli y Mendax se encontraban delante de la chisporroteante chimenea, despeinados, sin aliento y con una expresión culpable en el rostro. Los dos fae parecían fuera de lugar en la tosca habitación, y no solo porque el modesto espacio se les quedara pequeño. Los dos hombres destilaban un aura de poder desmedida todo el tiempo. No hacía falta saber nada de ellos ni conocer su título para adivinar que eran personas muy importantes y extremadamente poderosas. Si estar en presencia de un hombre capaz de cambiar de esa manera el ambiente de una habitación ya resultaba abrumador, compartir espacio con dos incapacitaba tanto la mente como los sentidos.

Otro suspiro escapó de entre mis labios cuando me las arreglé para abrirme camino entre ese par de dolores de muelas con músculos y espaldas anchas. Una vez junto a la chimenea, me quité las botas empapadas, las dejé junto al fuego y acerqué los pies al calor de las llamas para recuperar la sensibilidad en los dedos helados.

—No, no tenían más —respondí.

—Pues lo siento, Solete, pero me temo que te va a tocar dormir en el suelo —le dijo Mendax a Eli con tono burlón. Ni siquiera me hizo falta levantar la vista para comprobar que estaba sonriendo, porque era evidente en su voz—. No dejes que las sobras se aprovechen de ti mientras estás ahí abajo.

Se me pusieron los pelos de punta al oírlo mencionar a esos espeluznantes fantasmas que se negaban a regresar al infierno de

los fae. Yo nunca había visto uno, pero me bastaba con haber oído historias sobre ellos para que me dieran un miedo terrible.

—Lo llevas claro si pretendes que duerma yo en el suelo —replicó Eli con una seca carcajada—. Aquí el único que encaja con las fantasmales migajas de una criatura escapada del Tártaro eres tú, oh, sombrío príncipe de la noche.

Los dos hombres siguieron discutiendo a mi espalda mientras me esforzaba por hacer oídos sordos y prepararme para meterme en la cama. Pero ignorar el estruendo de una batidora habría sido más fácil.

Llevábamos viajando lo que se me antojaba una auténtica eternidad, aunque sabía que no habían pasado más de un par de semanas. Habíamos montado nuestro campamento allí donde habíamos podido encender un fuego, pero el tiempo se había torcido tan pronto como habíamos cruzado la frontera del Reino Luminoso y nos habíamos adentrado en La Linde.

Desde el momento en que Mendax había terminado de asimilar la muerte de Walter a manos de la reina Saracen (o sea, la madre de Eli), se había pasado todo el tiempo en silencio o intentando hacerle daño a mi mejor amigo siempre que se le había presentado la oportunidad. Por suerte, como Eli y yo seguíamos compartiendo un lazo y Mendax sabía que matarlo también me mataría a mí, todavía no había atentado contra su vida.

La verdad es que morir casi habría supuesto un alivio en aquellos momentos.

Eli, como era de esperar, no estaba de mucho mejor humor que su némesis. Al fin y al cabo, acababa de descubrir que yo lo había tenido engañado durante veinte años mientras planeaba asesinar a su madre. Lo peor era que al final había logrado mi objetivo. Y la cosa no quedaba ahí. Su querida hermanita, la princesa Tarani, había resultado ser la líder de los Caídos. Su mejor amiga y supuesta prometida (o sea, una servidora) había establecido un vínculo con su mayor enemigo. Y los Hados nos habían convocado a Mendax, a él y a mí en el Moirai... con la promesa de matar a

uno de nosotros para romper nuestras ataduras. Ah, y mi intención era matar al que fue el mejor amigo de su padre, Zef, también conocido como el Titán artemi y mi querido papaíto. Eli tenía muchas cosas en la cabeza. Bueno, todos las teníamos.

Tenía un buen puñado de razones para matar a Zef, pero la principal era que había escogido a mi dulce y amable hermana para heredar sus poderes artemi antes de abandonar a toda su familia. Si se hubiera quedado con nosotras, nos habría protegido de la reina Saracen, mamá y Adrianna todavía seguirían conmigo y nada de esto habría pasado.

Encogí los dedos helados ante el fuego. En fin, que el viajecito ha sido un pelín incómodo hasta ahora.

Me alejé del hogar y me dispuse a acostarme. Si no me tumbaba ya en la cama, los chicos acabarían reduciéndola a cenizas mientras se peleaban por ver quién la compartía conmigo. El estrecho colchón se hundió bajo mi peso al subirme encima. Tiré de la áspera manta de lana para cubrirme hasta la barbilla y dejé que mis pesados párpados se cerraran.

Estaba agotada.

Jamás lo admitiría en voz alta, pero resultó que intentar seguirles el paso a los enormes fae era mucho más difícil de lo que pensaba. Sabía que los dos habrían aminorado el ritmo sin dudarlo de habérselo pedido. Santos soles, incluso me habrían llevado en brazos de habérselo permitido, pero habría preferido morir antes que ralentizar el viaje más de lo que ya lo estaba haciendo. Llevaba mucho tiempo esperando encontrar la oportunidad perfecta para acabar de una vez por todas con mi padre. Me moría de ganas por ver cómo la chispa de la vida se apagaba poco a poco en sus horribles ojos.

La cama volvió a hundirse y Mendax me rodeó la cintura con uno de sus brazos musculosos antes de atraerme contra su robusto, robustísimo, pecho. No me hacía falta abrir los ojos para saber que era él. Me bastaba con notar la firmeza con la que me agarraba el cuerpo y oler su fragancia a ámbar y especias mezclada con

un ligero toque a humo. No habría podido combatir la forma en que mi cuerpo se sentía atraído hacia el suyo ni queriéndolo.

Era la primera vez que me tocaba desde que nos habíamos embarcado en aquel viaje.

Permanecí inmóvil mientras bebía de cada cumbre y cada valle del torso desnudo presionado contra mi costado. Su cuerpo desprendía tanto calor como un radiador, así que no pude reprimir el impulso de acurrucarme contra él con una sonrisa bobalicona.

—Mi chica, mi cama —ronroneó Mendax—. Duerme en el suelo, zorreras.

—Caly está agotada. Déjale la cama para ella sola, pedazo de memo. Lo mejor es que durmamos los dos en el suelo. Además, no es tu chica —dijo Eli con esa voz más aguda de lo normal que utilizaba para mantener la calma y no explotar.

Abrí los ojos y dejé escapar una risita molesta. Era una situación ridícula.

—¿Ves? Ni siquiera ella se toma en serio tus tonterías. Te puedo asegurar sin un ápice de duda que Caly es mi chica —dijo Mendax con voz ronca junto a mi oído.

Un brillo travieso surcó sus ojos azules cuando encontraron los míos, aunque su intención era lanzarle esa mirada a Eli.

El problema era que Eli no se iba a dejar amedrentar, así que se tumbó en el estrecho espacio libre que quedaba en la cama al otro lado de mi cuerpo. Llegados a ese punto, el colchón se había hundido tanto que estábamos casi en el suelo. Eli me cogió la mano izquierda y tiró de mí para que quedara presionada contra él.

Resoplé divertida, como habría hecho cualquier mujer en su sano juicio al verse convertida en el premio de un tira y afloja entre dos hombres de esos que quitan el hipo.

—Pero ¿qué...? —empezó Mendax.

Eli me acunó la cabeza y me ofreció uno de sus encantadores guiños juguetones.

—Si alguien va a compartir la cama con ella, ese será su futuro marido.

Me eché a reír como una colegiala. Estaba claro que la falta de sueño me estaba haciendo perder la cabeza.

La verdad era que agradecía hacer un poco el tonto con ellos después de todo lo que habíamos vivido. Pese a su seriedad, la situación había adoptado un cariz tan cómico (seguramente por mi bien), que me sentía como si estuviéramos jugando al pillapilla.

Eli nos cubrió con la manta y se cernió sobre mí con una sonrisa.

El aire se me quedó atragantado en la garganta. Santos soles, estrellas y cualquier otra bola de hidrógeno y helio que arda en el espacio, ¿qué narices estaba pasando entre nosotros?

Me acarició la mejilla suavemente con el pulgar justo antes de rozarme los labios con los suyos, como si me pidiera permiso para presionarse más contra mí. Me derretí entre sus brazos, incapaz de esconder lo mucho que me había sorprendido y excitado su beso. Pero ¿habían sido los labios de Eli los que habían desatado esa reacción en mí o era porque sabía que Mendax me iba a comer viva con tal de vengarse? Era absolutamente consciente de cuánto se estaba conteniendo para no matar a Eli en el acto.

Pero... ¿qué podía hacer en una situación así?

—A no ser que quieras terminar el viaje sin cabeza, te sugiero encarecidamente que le quites las manos de encima a Calypso, Aurelius —gruñó Mendax en voz tan queda que se me pusieron los pelos de punta.

En su tono ya no quedaba ni rastro de diversión.

—No pasa nada. Dormiré yo en el suelo. Dadme vuestras camisas para que me sirvan de mantas —intervine al notar una creciente tensión en el ambiente.

Mendax no era un hombre al que conviniera buscarle las cosquillas, así que me tumbé de costado dándole la espalda a Eli. Por alguna razón, me pareció la posición más segura.

—No —ladraron ambos al unísono encontrando la mirada del otro.

—Bájate al puto suelo, luminoso —dijo Mendax marcando cada palabra con cuidado.

—Has sonado como un hipopótamo —susurró Eli en un tono parecido al suyo, sin inmutarse ante su amenaza.

Yo ahogué una risita.

—¿Qué me has llamado? —A pesar de haber hablado en voz baja, su pregunta resonó por la pequeña estancia.

—Mira, Caly y yo ya hemos intentado encontrar algún otro jergón en el que dormir en el piso de abajo, pero no les quedan más camas disponibles. Yo incluso le he tirado los tejos a la anciana que está en el mostrador y no ha servido de nada.

Eli aprovechó que estaba haciéndome la cucharita para acurrucarse contra mi espalda.

Mendax parecía estar a punto de lanzar la cama entera por los aires.

—Esto se nos está yendo de las manos —dije.

Mendax se crujió los nudillos con tanta fuerza que bien podría haberse roto todos los huesos de la mano. Se movió para sentarse al borde de la cama y se me quedó mirando durante un buen rato antes de darse la vuelta y dirigirse hacia la puerta. Tanto Eli como yo rodamos hacia la derecha para ver qué estaba a punto de pasar. Eché un vistazo por encima del hombro de mi amigo, pues, con el cambio de posición, ahora era yo quien le hacía la cucharita.

—Dale las gracias —dijo Mendax apretando los dientes antes de mirar a Eli.

—¿Perdona? —preguntó él con una sonrisa traviesa.

—Que le des las gracias —insistió despacio—. Arrodíllate para rendirle pleitesía a Calypso por cada minuto y cada hora que continuas con vida, porque ella es lo único, y repito, lo único que está retrasando tu triste e ineludible final.

El Asesino de Humo de casi dos metros abrió la puerta de la habitación y se marchó dando un portazo a su espalda, así que Eli se volvió para mirarme con una sonrisa triunfal y se puso a besar-me el cuello.

—Gracias. —Me dio otro beso en la piel sensible del cuello—. Gracias. —Y otro beso más, aunque, en aquella ocasión, llegó acompañado de la caricia de su lengua.

Eli y yo nunca habíamos compartido este nivel de intimidad, y no podía evitar pensar que si se estaba comportando de esa manera no era porque me deseara de verdad, sino porque quería disfrutar de aquella victoria.

Notaba su sonrisa contra la clavícula desnuda.

Lo que estábamos haciendo no estaba bien. O sea, lo estaba disfrutando, joder que sí, pero no era justo. No quería hacerle aquello a ninguno de los dos. Ni siquiera debería haber dejado que las cosas llegaran tan lejos. Tenía que mantenerme imparcial, por muy imposible que me resultara en aquel momento. No quería hacerles más daño del que ya les había hecho... o estaba a punto de hacerles.

Uno de nosotros acabaría muriendo al final de aquel viaje, y aquella certeza había acabado empujándome a aprovechar hasta el último segundo que tuviera con los dos, sin importar lo incómodo que resultara.

—Espera. Creo que no deberíamos hacer eso —susurré en voz tan baja que ni siquiera sabía si me había oído... o si quería que me escuchara.

Haciendo honor a su intachable reputación, mi encantador amigo levantó la cabeza y se apartó de mí enseguida llevándose su calidez consigo. En aquel momento lo odié un poco por tener ese oído de zorro tan agudo.

Una sonrisa le curvó una de las comisuras de la boca.

—Lo siento —dijo antes de morderse el labio inferior—. Creo que me he dejado llevar un poc...

Se oyó un estruendo ensordecedor en el pasillo, como si la posada se hubiera derrumbado. Nos incorporamos de golpe y miramos hacia la puerta, pero Eli se levantó de la cama y adoptó una postura defensiva antes de que a mí me diera tiempo siquiera a parpadear. Las paredes de la posada volvieron a estremecerse y una lluvia de yeso y polvo cayó al suelo cuando la puerta se abrió tan

bruscamente que a punto estuvo de desencajarse de sus bisagras oxidadas.

Mendax entró cargando con un colchón sucio.

Un coro de gritos y gruñidos se desató en el pasillo justo al mismo tiempo que el príncipe oscuro dejaba su trofeo en el suelo y se volvía hacia la puerta abierta.

Yo me agarré al borde de la cama y, desde detrás de él, me asomé para distinguir lo que parecía un grupo de elfos guerreros, aunque tampoco me daba la vista para confirmar a ciencia cierta lo que ocurría en el pasillo poco iluminado.

Mendax dio un paso hacia la puerta y volvió la cabeza durante un segundo para ofrecernos una expresión que nos empujó a Eli y a mí a intercambiar una mirada inquieta. Luego se giró de nuevo hacia el pasillo.

Le bastó con lanzarles la misma mirada que a nosotros a quienes habían ido tras él para que tomaran la acertada decisión de darse media vuelta.

El príncipe de humo y sombras centró toda su atención en nosotros y Eli se colocó delante de mí para interponerse entre Mendax y yo en actitud protectora.

—No te enfrentes a él, Eli. Piensa que seguimos compartiendo un lazo y que, si tú mueres, yo también —le recordé por millo-nésima vez.

—Créeme que no se me olvida —replicó Eli de mala gana.

Una peligrosa chispa descontrolada prendió la tensión que ya de por sí se mascaba en el ambiente.

—Tú. A la cama —rugió Mendax señalando el colchón lleno de bultos del suelo.

Su cuerpo había empezado a desprender una lenta y siniestra cascada de humo a modo de advertencia.

Me acerqué al borde de la cama y le pasé la mano a Eli por la espalda. Mi intención era tranquilizarlo y evitar una pelea, pero no me di cuenta de hasta qué punto había metido la pata con ese gesto hasta que Mendax se estremeció al verme tocarlo.

Eli apretó los puños cuando Mendax se colocó frente a frente ante él, aunque el oscuro terminó volviéndose para mirarme con cara de muy pocos amigos.

Debería haber dejado las manos quietecitas.

—Lo mejor será que os quedéis vosotros con la otra cama —propuse.

—Ni hablar —replicaron al unísono.

Mendax empujó a Eli hacia el colchón que ahora descansaba junto a la chimenea. Eli se lo quedó mirando durante un rato, sopeando qué hacer, antes de aceptar a regañadientes su nueva cama.

—*Feuhn—Kai—Greeyth* —me dijo con un falso tonillo alegre al coger una de las mantas del otro colchón.

—*Feuhn—Kai—Greeyth* —repetí ofreciéndole una débil sonrisa.

Aquellas palabras significaban «amor y amistad eternos» en una antigua lengua fae. Nos lo llevábamos diciendo desde que éramos niños.

Mendax gruñó algo desde el otro extremo de la cama antes de empezar a quitarse los pantalones.

El pulso se me aceleró vergonzosamente rápido. Rodé hasta el lado opuesto de la cama y me quedé mirando hacia la pared de color crema para darle al cabreado fae todo el espacio que necesitara e intentar con todas mis fuerzas no pensar en lo que escondía bajo los pantalones.

—¿Cómo has conseguido este colchón? —La voz inquisitiva de Eli llegó hasta mis oídos desde el suelo.

La cama volvió a hundirse y enseguida fui muy consciente de lo reducido que era el espacio que tendría que compartir con Mendax. Pude paladear la energía masculina y poderosa que irradiaba su cuerpo cuando se tumbó a mi lado.

Me rodeó la cintura con un brazo y tiró de mí sin miramientos para atraerme hacia sí a la vez que me daba la vuelta, de manera que mi rostro quedó prácticamente pegado al suyo en la misma almohada.

—Les he dicho que no aceptaría un no por respuesta —le respondió Mendax a Eli sin perder contacto visual conmigo.

En las profundidades de sus ojos se apreciaba cierta dulzura pese a que tenía los dientes firmemente apretados y me estaba sujetando sin la más mínima delicadeza.

—Qué típico —concluyó Eli—. Caly, avísame en cuanto haga algo que te incomode.

Mendax se rio entre dientes.

—Vale, pero, por el amor del sol, vamos a dormir de una vez. Dijiste que nos daría tiempo a llegar al lago Sheridan mañana, así que buenas noches —refunfuñé.

Mendax me estrechó contra su cuerpo y yo caí rendida como si me hubiera tomado un somnífero gracias a la tranquilidad que me infundía su protectora presencia.

A la mañana siguiente me esperaba uno de los días más difíciles de mi triste existencia.